

Adolphe de Falgairolle.

## LA EVOLUCION LITERARIA DE FRANCIA EN 1930

*París, Enero de 1931.*

**U**NO de mis parientes cercano, ingeniero, que ha colaborado en las vastas empresas industriales de M. Loucheur, me repitió hace ya muchos años las palabras de este Ministro: «Suprimiremos la burguesía.» Basta mirar con ojos imparciales el conjunto de medidas económicas, fiscales y sociales que compusieron el programa de la política interna de Francia desde el armisticio para juzgar a M. Loucheur y a los otros ministros de después de la guerra no sólo en sus intenciones sino en sus propósitos. El impuesto sobre el capital rehusado a los socialistas, se ha realizado bajo la forma de la amputación de los dos tercios del valor nominal del franco. La obligación impuesta en Rusia a los burgueses de aceptar en sus departamentos a locatarios más pobres, se ha transformado en la prohibición de aumentar el precio de los alquileres en las casas de antes de la guerra, con más la tolerancia de todos los encarecimientos del precio de la vida, tales como el comunismo ruso ha florecido en Francia bajo la forma de una disminución del nivel de vida de los burgueses. Con procedimientos menos violentos, no irradiados del mismo núcleo de voluntad central como en Alemania,

se ha llevado la guerra contra la clase social del Tercer Estado. No quiero insinuar que nos encontremos en un período comparable al que precedió a 1789, en que los futuros organizadores de la Revolución buscaban la manera de disminuir, por el juego natural del Parlamento, los privilegios de la clase contra la cual iba a ser dirigida la Revolución. Pero aunque no sea más que en el arte, el ataque contra la burguesía es visible: de un lado se propone una industrialización de la inspiración y de la expresión artísticas que piensa en la satisfacción del pueblo y no en la de la *élite*; de otro, vemos un evangelio y obras únicamente reservados a una especie de aristocracia cerebral, pues es preciso tener ocios y cultura a la vez mundanos y sabios para llegar a la comprensión de las escuelas ultraístas. Sé que se ha conservado una concesión al concepto burgués de la existencia: el pequeño automóvil a bajo precio. Pero es una facilidad nueva de muerte violenta paradójicamente acordada a la gente burguesa. Posiblemente por el abuso del pequeño automóvil la burguesía precipitará la hora de su desaparición.

¿Qué representa esta burguesía? Antes de la guerra, en la era de lo estable y de lo lento, ella constituía la reserva en que los gobiernos advertidos bebían cuando lo necesitaban el diezmo de recursos presupuestarios excepcionales y, tradicionalmente, buenos servidores del Estado. Hoy la burguesía parece el freno que trata de manejar el pasajero de una máquina cuyo conductor no la desea detener, sin conocer, sin embargo, el fin hacia el cual está tan presuroso por llegar. No nos asombremos de que este freno sólido, de un acero que tiene mil años de prueba de robustez (hablo de la Francia cuya Monarquía fué la más brillante diadema de la señora burguesía), se caliente y con su humareda moleste a jóvenes escritores que se creen sinceramente los creadores de un mundo nacido ayer. Tratan de descubrir el horizonte ilimitado de un porvenir levantado

sobre el plan de sus ensueños arbitrarios; maldicen a los pobres burgueses que, tenazmente, se los interceptan.

---

Desde luego, Emmanuel Berl proclama la *Muerte de la moral burguesa* (N. R. F.). Este título podría ser una comprobación, lo que nos libraría del cuidado de discutir sus razones; pero se trata de una requisitoria, de una condenación todavía no ejecutada, en suma, de un proceso abierto más que de la redacción de un epitafio. Lo que M. Emmanuel Berl agrupa bajo este título son las piezas del legajo, en fe de las cuales concluye que es preciso matar el pensamiento burgués. En efecto, él no está difunto, aunque sí enfermo. M. Berl no se equivoca al sostener que la religión de lo inconsciente, el más mentiroso fetichismo de la postguerra, con su plutocracia de ídolos: neo cubismo, arte negro, superrealismo, montmartrismo, no es sino una pseudo-revuelta y el mejor medio de alentar a esta burguesía a la cual los novadores insultan, pero de la cual hacen el juego.

Este autor está cerca de querer darnos, después de tantos otros purismos, la revolución pura. Su ensayo termina con una defensa del materialismo, un elogio de lo actual en el sentido de lo que se opone a lo durable, lo que le parece ser una innovación total. Temo que no sea sino un conformismo al estado de cosas más próspero hoy día: a la forma de civilización que se impone, a este actualismo (aceptada mi terminología) que la civilización yanqui nos propone con la sonrisa de un pueblo que, durante este tiempo, pide al crédito su comodidad presente. Con buena voluntad, el autor, beneficiario él mismo de la serenidad y de la instrucción burguesas, denuncia las contradicciones de una burguesía que aplica principios desmentidos cotidianamen

te. Durante la guerra, los combatientes se preguntaban: «¿Por qué nos batimos?» M. Berl cree que hoy el banquero «no sabe para qué trabaja»... Pasando a las ideas-soportes de la actividad burguesa: herencia en el dominio material y noción del gran hombre en lo moral, nuestro moralista objeta que la supresión de estas nociones no desalienta de ningún modo a los trabajadores: testigo Rusia. Queda por saber si los trabajadores rusos no están obligados por la fuerza y por la miseria a trabajar y si no asistimos simplemente no a la supresión del héroe (un santo o un hombre célebre) sino a su sustitución en una glorificación oficial por una celebridad de Estado, fruto de una mayoría cuantitativa y no de una designación cualitativa. El odio de M. Berl contra la cultura que, según él, constituiría la ambición del obrero, le hace avanzar que no se reconoce un buen mecánico sino cuando se muestra cultivado, o que es necesario que conozca las frases célebres de los grandes hombres. Pero si el autor quiere que el buen mecánico deba tener acceso a cierto rango de consideración social únicamente porque es buen mecánico, cesa de ser revolucionario y no se da cuenta de que pregona la vuelta reaccionaria del artesanado. Quanto a tomar como criterio de la cultura el número de citas de frases históricas de que se es capaz, terminaremos por creer que el autor tiene de la cultura la idea que se hacen los nuevos ricos, para los cuales un hombre capaz de discutir a Pascal sería un ignorante si en cambio no pudiese ofrecer un ramillete de anécdotas. El odio del latín expresado en este libro, que sin cultura latina su autor no habría podido escribir, hace pensar sencillamente en esa pequeña saturnal de aristócratas que, descendidos de sus 50 H.P., gritan en el cabaret popular en el cual creen van a encanallarse: «¡Nosotros también somos pueblo!» Un escritor francés (italiano o español) que reniega del latín me hace pensar en ese noble español que renegaba de sus antepasados para afirmar su inde-

pendencia liberal. Ahora bien, yo he visto a este insensato aceptar por otra parte los más recientes e inexperimentados esnobismos. El mismo manumitido levantaba entre los oficiales de caballería extranjeros un monóculo del cual no tenía necesidad de ningún modo y abandonaba sus más queridas reuniones de café literario de vanguardia para no faltar a la recepción ministerial a la cual lo invitaba el país extranjero que creía, de buena fe, juzgar imparcialmente. M. Berl coloca el latín en la base de esta cultura general que hace esclavos a los jóvenes espíritus. No quiere latín, como el otro no quería aristocracia. Pero por el orgullo de autodidacto con que querría ver imbuídos a sus discípulos, pretende la creación de una autocracia que coloque a su héroe por encima de todas las clasificaciones. Evidentemente la burguesía no ha sido nunca favorable a ninguna valentía de pensamiento, ni sobre el terreno económico, ni sobre el artístico, ni sobre el político, etc... Pero M. Berl nos muestra igual odio contra las tradiciones revolucionarias y contra la alta burguesía republicana. Creo que esto significa que es preciso entender su panfleto como una declaración de guerra a todo lo que es cristalización y, tal vez, clasicismo.

Más notablemente antiburgués me parece el libro de M. Daniel Halévy: *El fin de los notables* (Grasset). El ataque se dibuja más contra la república burguesa que contra la burguesía en general. En algunas páginas terribles M. Daniel Halévy deja entender que el deseo de conquistar el poder fué la causa de que los republicanos de 1870 no aceptaran la lucha a muerte contra el enemigo. Lo que el autor llama el fin de los notables es la desaparición en el cuerpo de los gobernantes de los grandes burgueses, comprendidos allí los intelectuales. Este libro explica que los burgueses no comprendieron lo que se podía imponer a la nueva forma de gobierno democrático después de 1870 y que los intelectuales, Renan por ejemplo, se disgustaron del porvenir

espiritual de la República, en el cual no creían. Con malicia el autor opone al falso gran hombre político, pero cultivado, que era Thiers, los nuevos dictadorcitos, los oradores de barrio que luego,—según él—tomaron posesión de la República.

Otro panfleto, del cual había diferido con motivo dar cuenta: *Tournant dangereux* (Stock) del pintor Vlaminck. Nuestro tiempo tiene ya su clasicismo: he aquí que sus maestros publican sus memorias. Esto recuerda terriblemente al inventario y la llegada de un nuevo momento. Vlaminck, hijo de músicos, cuenta cómo llegó a la pintura. Por azar. En otros tiempos el memorialista pretendía la predestinación, la voluntad del destino: concepción monárquica de la vida extendida al dominio de la personalidad. Hoy día se aplica en todo la democratización y al no haber sido marcado por el destino para ser geólogo, aviador o barman célebre, se confiesa que se es hijo de sus obras. Cada época tiene su pequeño defecto. Un moderno, para alcanzar la nobleza de la democracia, como no se puede acercarse al Rey, se pone en paralelo con Mariana: se hacer pasar por fruto de una revuelta contra él mismo, el dios de una generación espontánea. El ataque de Vlaminck no deja de ser uno de los libros más sensacionales de la post-guerra. Ataca a todas las burguesías, entre ellas al ultraísmo, a esta seguridad de que se rodeó el cubismo triunfante, que se creía al abrigo a causa de sus conquistas. No sólo muestra Vlaminck que las mismas exageraciones de vulgaridad que, ayer, abrumaban a los pintores de la Escuela de Bellas Artes abrumaban ahora a los suprarrealistas, sino aún señala la afectación, la falta de naturalidad, la insinceridad de los que creen haber hecho una revolución contra lo tradicional. Yo también, creo, he sostenido esta misma idea, para que mis lectores entrevean a la vez su desarrollo bajo otra pluma del mismo acero, y mi aprobación.

Lo que Vlaminck ha hecho por la pintura, Emmanuel

Berl lo ha intentado para la literatura. El severo censor de la sociología burguesa prosigue en el terreno literario su obra de derribo. Como todos los jóvenes de mi generación, Berl ha exagerado el mantenimiento del concepto de inmortalidad en una sociedad que no piensa sino en viajar. Esta manera de sentir, que es una de las características de la época, nos une. Nos divide en cuanto se trata de reaccionar y de sacar conclusiones. Aquellos de entre nosotros—no me ruborizo por confesarme de los mismos—que han sido tocados por la fe, sienten ésta aún más fortificada por el hecho de la oposición entre el ideal de la inmortalidad y las denegaciones que le da cotidianamente la vida. Por lo demás, en el caso de M. Berl, es una confesión del deseo de creer en una forma menos reducida de la supervivencia del alma deplorar, como él lo hace, todo lo que esta inmortalidad lleva consigo de risible. Y evidentemente, la inmortalidad es bien risible si se pide a la literatura que la asegure. En este libro, *Mort de la pensée bourgeoise* (Grasset), lo que me parece ha preocupado al autor es sobre todo que la literatura actual sea inferior a su tarea en el sentido de que no dispone de medios de traducción directa de la vida corriente. Solamente sería preciso aceptar como adquirida la noción (de la cual dudo mucho, por mi parte) de que lo que sucede cada día, en nuestro tiempo, es completamente diferente de lo que ocurría antes de nosotros. Creo más bien que hay concordancia entre la apariencia de novedad de la vida moderna y la novedad de la técnica literaria contemporánea. La gran preocupación de los intelectuales—a saber, si una revolución sería oportuna—y las actitudes diferentes de los escritores frente a esta eventualidad, sugieren al autor discusiones en que me parece aporta una sinceridad indiscutible. Tendremos por lo demás ocasión de seguirlo porque anuncia otros tomos de esta obra sobre la burguesía.

---

Hay tal vez algo de verdadero en lo que los escritores reprochan a la burguesía, por ejemplo su pusilanimidad. Sin embargo, la burguesía no deja de gustar de lo que es pura imaginación, aun cuando aparezca en contradicción con ella misma: estable y temerosa de toda expatriación y al mismo tiempo admiradora incondicional de todo lo que pueda fabricar un héroe, la guerra, las exploraciones, las grandes pasiones y hasta cierto punto los grandes criminales, puesto que son los burgueses más burgueses los que han lanzado la moda de los cabarets clandestinos y de las visitas elegantes a los sitios infames. Sea como fuere, muchos periodistas o escritores salen, repitiendo—sin duda acicateados por el miedo de olvidarla—: ¡La aventura, la aventura!

Se supone que el público gustará de eso, porque devora súbitamente tales traducciones inglesas y americanas de novelas, a menudo de tercer orden, de las cuales se le quiere hacer creer que sus autores representan en sus países respectivos la vanguardia de una nueva expresión de arte.

A veces en estas novelas existe en efecto una aventura: pero en el sentido de enredo que linda con lo trivial. La anécdota trata de rescatarse allí por el decorado más o menos pintoresco. Como la plena naturaleza se ha convertido en extraña para grandes cantidades de nuestros contemporáneos que no bajan de sus seis cilindros, ya no es necesario «hacer el labrador»: basta con hacer el silvestre. Así se nos ha obligado a admitir muchos folletones extranjeros, presentados como novelas. Esta concepción errónea ha determinado una deformación del concepto de la aventura entre nuestros escritores. Muchos muy espirituales hacedores de comedias o de libros han tomado un pasaje a bordo de un transatlántico y vuelven de allí con un libro. Sin la creencia en la necesidad de la aventura, habrían vuelto a sus casas y habrían seguido encantándonos. A causa de la aventura,

han aventurado su burla, su espiritualidad «boulevardière», y nos presentan como Francis de Croisset, un poco perdido en la selva virgen, un libro falsamente llamado de viaje: *Hemos hecho un bello viaje* (Grasset). Un ensayo precedente del mismo autor nos permitía augurar algo mejor. ¡Que vuelva a sus amables héroes de comedia!

Las aventuras yanquis o canadienses que en nuestros días reemplazan, sin que se aventure decirlo, a las antiguas novelas de pieles rojas de la juventud de nuestros padres, han decidido a los autores a mirar de cerca a la naturaleza. Y esto nos vale una colección encantadora, un poco de lectura para pobladores de las cercanías de París convertidos seriamente en granjeros, pero, repito, encantadora, porque la historia humana se desprende allí de la visión directa de la campiña. La colección se llama *Los libros de la Naturaleza* (Stock). En nuestros espaldarazos de buenos y malos libros inscribamos estos buenos títulos: *Un paseador a pie* de Martignon. Después una obra de ciencia discreta y de poesía: *Porqué cantan los pájaros*, de J. Delamain. También: *La vida de los ríos*, de Louis Roule. En estos volúmenes la aventura no ha sido falsificada por el prurito de mostrarnos que el extrañamiento ha dejado al autor en posesión de todo su espíritu parisiense.

Pero lo más terrible es, a mi juicio, la desviación de la aventura (es decir, la hija de la inquietud del espíritu de descubrimiento, o la bastarda del amor al azar) hacia la sexualidad. ¿Por qué, para algunos escritores, los puertos se reducen a las casas de mal vivir? Sus marinos no son sino don Juanes de baja estofa. Sería agradable que la aventura no comenzara en el desembarco de los navegantes. Es preciso ver aquí en la novela el influjo de una pieza teatral: *Maya*, de la cual hace tiempo que nos hubiéramos libertado. Los testimonios escritos que nos han dejado los escritores de la Iglesia nos persuaden de que todo individuo moral

mente sólido puede arriesgarse a buscar en los sitios infames el remedio a los vicios, pero si los frecuentan habitualmente, aventuran también su yo intelectual, aun cuando esto no agrade a los escritores periodistas. Nos lamentamos de que cuentistas que habían comenzado bien, como Edouard Peisson, autor de un poético ensayo de novelita marítima: *Ballero Capitaine* (Les Portiques), verdadera novela de aventuras, se pliegue a complacencias como las que ha titulado *Hans el marino* (Grasset), una historia que no tiene nada de marino fuera del título y que, según la moda de las gentes de mundo, comienza inevitablemente en la cloaca del puerto. El estilo espeso conserva la nitidez de las órdenes de a bordo. Pero ¿por qué este esfuerzo para querer presentar finalmente (felices estaríamos si esta presentación se limitara al título), después de tratar una novela social, una novela de aventuras? Esto falsea el estilo del autor que sin esta preocupación sería mucho más liviano. Y tal vez haya falseado también su espíritu.

Si es aventura la que nos hace falta, es preferible encontrarla nuevamente a la vez en el viaje y en la imaginación, donde la ha buscado Paul Gsell. Supone que la ciencia ha hecho tales progresos que nuestro mundo llega a ponerse en comunicación con los otros astros. Televisión y otras facilidades debidas a la radio nos revelan a los que se quisiera amar, pero que están demasiado lejanos. Moralista, el novelista sobre todo ha querido transponer en otros mundos nuestros defectos y nuestros vicios y nos distrae en esta *T. S. H. con las estrellas* (Nouvelle Société d'Édition). La aventura entra, con Gsell, en la categoría de las invenciones imaginativas. Trata de exaltar las virtudes, ayer militares, hoy deportivas, del lector. Es preciso que la aventura sea masculina.

---

Hay todavía en Francia muchos creyentes. A veces se los encuentra donde uno menos podría esperarlos. En este tiempo de fiestas religiosas señalaré estas *Letanías de la Virgen* (Albert Messein) en las cuales Armand Godoy ha puesto una exaltación y una atención religiosas que han dirigido su musa, musical y baudeleriana, hacia el desarrollo místico. Ha perseguido y obtenido la ingenuidad de los cánticos de los pequeños oratorios populares.

Loys Labeque, más exactamente, ha tendido al lamento en su recolección de poemas *Aux Chef des Chantres* (Ed. Saint Michel) y esta vuelta al populismo ingenuo es tan loable y tan interesante como el ensayo de renovación del realismo brutal a lo Zola.

MEMENTO.—En favor de la tradición literaria burguesa, Marcel Becthum le Ducq publica una *Defensa de la tragedia burguesa*, de la cual se desprende claramente que la superioridad de la técnica burguesa no es una palabra vana. Pequeño libro bien hecho.

M. Georges Ralli tomando un tema muy antiguo trata de describir el otro mundo en *El señor Anodino en el más allá* (Le Rouge et le Noir). Yo tal vez sea completamente insensible a las seducciones literarias de M. Ralli, mas la verdad es que no he conocido la sensación de haber alcanzado el más allá.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.